

COMUNICAR Y EDUCAR EN EL SIGLO XXI*

*Raúl Fuentes Navarro***

Al mismo tiempo que agradezco profundamente el honor de ser invitado a compartir mi modesta perspectiva como investigador académico de la comunicación y como practicante del arte y la ciencia de educar, ofrezco una disculpa anticipada porque al preparar este texto no logré quitarme la sensación de ser incapaz de superar algunos lugares comunes y de situarme realmente en la perspectiva de lo que significan ya desde ahora comunicar y educar en el siglo XXI.

De entrada, cabe señalar que nuestros saberes sobre la comunicación y sobre la educación, con todo lo larga y meritoriamente que han sido cultivados, no nos permiten más que comenzar a bosquejar las preguntas pertinentes —y por lo tanto a imaginar las respuestas adecuadas— ante los retos contemporáneos y por venir. La educación y la comunicación parecen ser al mismo tiempo cada vez más importantes y más insuficientes en el desarrollo sociocultural del mundo actual, que es ya, sin duda, el mundo del siglo XXI.

Quisiera entonces, más que ofrecer respuestas que no tengo —que no tenemos—, compartir con ustedes de una manera muy breve los marcos desde los que algunos académicos estamos tratando de formular las preguntas pertinentes y de orientar nuestras prácticas en un campo de estudio que desde hace décadas se ha estado llamando "comunicación educativa", sin que haya quedado hasta ahora del todo claro a qué nos referimos con ello.

Un poco de historia permite ubicar este proceso múltiple de búsqueda en el que estamos comprometidos. La educación institucionalizada y sus múltiples y complejas relaciones con la sociedad y la cultura tienen una historia no sólo muy larga sino también muy profundamente entrelazada con la vida social toda. La educación institucionalizada, y muy especialmente la educación pública, cumple nada menos que una función constitutiva de la sociedad. Es, sin duda, mucho más que un instrumento o que un recurso o ramo especializado de la actividad social

* Conferencia dictada en la Benemérita y Centenaria Escuela Normal de Jalisco. Noviembre de 1995.

** Profesor Investigador del Departamento de Comunicación del ITESO.

organizada. La sociedad y la cultura son en buena medida como las hace la educación, pero también la educación es en buena medida como la hacen la sociedad y la cultura.

Esta relación dialéctica, constitutiva de la educación, la sociedad y la cultura, es también una condición esencial de la comunicación. Pero las instituciones comunicativas no son, al menos como las conocemos ahora, ni con mucho tan antiguas ni tan sólidas como las instituciones educativas. Quizá por ello, aunque sin duda también por otras razones, han estado tan separadas entre sí la educación y la comunicación en la conciencia social y, sobre todo, en las políticas públicas, para las cuales una cosa ha sido el sistema educativo y otra la industria de la comunicación.

Pero es difícil mantener en la práctica cotidiana, en la vida real, separadas las esferas educativa y comunicativa. Para la orientación del sujeto en el mundo, los sistemas formales e informales de conocimiento, las actitudes y valores, las capacidades de convivencia y de sentido que constituyen el horizonte humano y social de la existencia, no pueden depender sólo de las formas institucionalizadas de su desarrollo. Para el sujeto social —y también para la sociedad en su conjunto— la significación del mundo y de la vida dependen de relaciones mucho más amplias y profundas que las que puede abarcar la institución escuela o la institución medios de comunicación, o cualquiera otra.

Por ello, sobre todo en los últimos 30 o 40 años, en México ha sido necesario vincular a las instituciones comunicativas y a las instituciones educativas. Antes, por la relativamente escasa fuerza social de las instituciones comunicativas, estas relaciones no representaban un problema. Pero especialmente a partir de los años cincuenta y sesenta, con la difusión masiva de la televisión, las instituciones educativas percibieron que entre su papel social y el de los medios de difusión se abría una brecha. Aunque esta brecha no era, ni tenía por qué ser, insalvable. Las vinculaciones prácticas entre la educación y la comunicación han sido en México constantes y crecientes, aunque todavía muy débiles, en la segunda mitad del siglo xx. Creo que se reforzarán y clarificarán en las próximas décadas, pero para ello hace falta invertir aún muchísimo trabajo y creatividad, de manera que puedan reformularse las políticas públicas que desvinculan a las instituciones educativas y comunicativas y reorientarse radicalmente las prácticas que en esas instituciones se desarrollan cotidianamente.

Hasta ahora, pueden resumirse en tres los movimientos de vinculación entre la educación y la comunicación que se han intentado:

- Uno, el de introducir los recursos y la lógica de la educación en los medios de difusión, movimiento que podría llamarse el proyecto de la comunicación educativa.
- Otro, el de introducir los recursos y la lógica de la comunicación en las escuelas, movimiento que, por simetría, debería llamarse el proyecto de la educación comunicativa. El tercero, que al margen de las instituciones educativas y comunicativas ha buscado la síntesis entre las lógicas y los recursos de la educación y la comunicación en diversos espacios, formales e informales, de organización de la sociedad civil. En este tercer campo hay

innumerables experiencias y modelos de comunicación popular, de educación informal, de capacitación en el uso de medios, de educación para la recepción de mensajes masivos, etcétera.

Por comodidad, a estos tres campos se les suele englobar bajo la denominación "comunicación educativa", pero creo que conviene distinguirlos.

Sin embargo, me parece muy claro que la oferta de los medios de difusión es apenas mínima, marginalmente, educativa; que la oferta del sistema educativo nacional es apenas mínima y marginalmente comunicativa; y que los esfuerzos de organización social de síntesis de la educación y la comunicación tienen una significación y extensión también mínima y marginal. Obviamente no es fácil, ni tendría por qué serlo, transformar estructuras sociales tan sólidas y extendidas, con un proyecto tan disperso, tan escasamente apoyado y tan débilmente formulado como el de la "comunicación educativa", lo mismo en México que en otros países más y menos "desarrollados".

Me parece, entonces, que entre los retos de la acción educativa y de la acción comunicativa en el siglo XXI tenemos que enfrentar el de la formulación de ese proyecto social, —no sólo individual, institucional o de especialistas— sino social en sus términos más amplios. Si el referente general, la construcción permanente de la identidad nacional y de las condiciones del desarrollo integral, y todo lo que se deriva de ella, sigue siendo una tarea esencial y prioritaria en el país, la contribución de este proyecto puede ser significativa y relevante.

Con esta convicción propongo a la consideración de ustedes tres puntos de reflexión que, desde los estudios sobre la comunicación y la cultura, podrían ser reinterpretados y articulados con la lógica y los recursos de la educación, que son su especialidad.

El primer punto, o argumento, parte de la consideración de que la comunicación y la cultura han ocupado un lugar cada vez mayor y más central entre los acelerados cambios y las espectaculares transformaciones —y reafirmaciones— que se han sucedido en los tiempos más recientes en las macroestructuras económicas, políticas y culturales nacionales y mundiales.

Gracias a la rápidamente creciente capacidad de cobertura de los sistemas informativos y a la cada día mayor interrelación entre los diversos ámbitos, escalas y dimensiones de la vida de los individuos, de los grupos y de las naciones, la capacidad de entender comunicativamente el mundo —interpretando información— tiene implicaciones cada vez más inmediatamente prácticas. Por ello puede pensarse que inevitablemente la múltiple variación de las formas de interacción sociocultural impulsada por las redes tecno-comunicativas tendrá una trascendencia cada vez mayor.

También por ello puede decirse que la comunicación, como concepto global para nombrar la interrelación entre sujetos sociales y el intercambio, creación e imposición de sentido por diversos medios y en todos los órdenes de la existencia, va cobrando una mayor importancia en la conciencia social. Modernidad o postmodernidad aparte, la comunicación se nos impone como efecto y como causa, como instrumento y como ingrediente indispensable de cualquier práctica sociocultural, incluyendo por supuesto a las educativas.

Aunque este planteamiento debe articularse y matizarse con mucho detenimiento y rigor crítico, —además de mucha información empírica—, creo que esta progresiva centralidad y omnipresencia de las redes tecno-comunicativas y las intrincadas implicaciones culturales que acarrea deben ser tomadas muy en cuenta en cualquier reflexión y reformulación de las relaciones escuela-sociedad. Una razón para ello, al menos, es obvia: hoy el desarrollo educativo no puede prescindir de los recursos de enlace instantáneo con la información de todo tipo — y con los usuarios y productores de esa información— que nos proporcionan los medios electrónicos integrados, que han dejado ya muy atrás a la televisión de las décadas pasadas. Este no es un asunto menor, pero no quisiera detenerme demasiado en él.

Lo que quisiera proponer como segundo punto es que pensar la cultura "en el umbral del tercer milenio" exige partir de que, más que a través de la escuela, de la escritura o de las artes, las visiones del mundo para la inmensa mayoría de la población mundial se forman y transitan primordialmente en el espacio audiovisual, esa cada vez más compleja interrelación entre cine, televisión, video y computación que nos sumerge, literalmente, en un universo de mensajes, imágenes y esquemas —tanto de percepción como de expresión— cada día más complejo y totalizante. La producción social de sentido está siendo cruzada, cada vez más, por los productos de la industria audiovisual, y a través de esta producción de sentido, también la identidad de los sujetos sociales y su relación con el mundo.

Esta preeminencia de la cultura audiovisual por encima de otras instancias, más tradicionales, de la cultura "formal" tiene una especial significación en América Latina, dados los porcentajes prevalecientes de analfabetismo —absoluto y funcional—, los relativamente bajos índices de escolaridad de la población, la sensibilidad propia de las múltiples combinaciones de culturas europeas, indígenas y africanas que constituyen los mestizajes latinoamericanos, y la extensión que han alcanzado algunas de las ramas de la industria del audiovisual, en lo cual destaca cierto consorcio mexicano.

Ya no es exagerado afirmar que la expansión de estas industrias las ha convertido en fuentes indispensables para la producción y reproducción de las propias imágenes de pueblos y personas, por lo cual se han convertido en elementos clave de la identidad y del desarrollo. Sin relacionar esta aseveración, como en décadas pasadas, a la "modernización" mecánicamente inducida o al "reforzamiento" de los sistemas educativos como vía para "salir del subdesarrollo", se considera hoy que el espacio audiovisual es uno de los principales vehículos de la cultura, creador y no sólo transmisor de manifestaciones culturales, educador y "escuela paralela" por excelencia. Esto indudablemente afecta a los sistemas educativos, al menos como condicionante de las interacciones de los sujetos en su interior, lo cual es, según creo, el núcleo de la educación.

Porque las transformaciones del entorno cultural en que se ubican los sujetos de la educación en todos sus niveles han creado una tensión creciente en la vida cotidiana entre las formas tradicionales de relación con el mundo y las nuevas mediaciones impuestas por las innovaciones tecno-comunicativas. Está en cuestión, por ejemplo, la relación de las habilidades y los hábitos de lectura con la asimilación de información audiovisual y sus efectos sobre el aprendizaje en

generaciones que desde su nacimiento han mantenido interacciones permanentes y muy intensas con la televisión, acrecentadas después con las múltiples "máquinas hipertextuales" que utilizan la misma pantalla, como los videojuegos.

El contacto cotidiano con estas mediaciones tecno-comunicativas va creando estructuras perceptivas, cognoscitivas y expresivas que el mundo académico, letrado todavía, no alcanza a asimilar. Y para mayor complicación, las incorporaciones diferenciales a las nuevas dimensiones cibernéticas, telemáticas e hipertextuales, determinadas por las desigualdades sociales preexistentes y crecientes, acentúan las distancias culturales y generan nuevas brechas de conocimiento, cada día más evidentes. Así como las diferencias culturales deben defenderse y respetarse, las distancias culturales deben, a mi manera de ver, denunciarse y combatirse decididamente.

Aquí ubico el desafío fundamental para la proyectada e insuficientemente formulada vinculación entre la acción educativa y la acción comunicativa: el diseño y adopción de metodologías que, en la práctica cotidiana, permitan a los sujetos en formación desarrollar habilidades cognoscitivas y técnicas, conciencia de los valores de diversos tipos de contenidos, actitudes y criterios éticos apropiados para interpretar y desempeñarse con solvencia en el mundo sociocultural en el que viven. Por ello, mi tercer punto o argumento no puede ser sino metodológico, y consiste en proponer a la comunicación como instrumento —o mejor, como recurso— educativo para la práctica educativa.

Cuando hablo de metodología no quiero referirme a métodos, en el sentido de técnicas o procedimientos didácticos solamente, sino a principios lógicos y operativos inscritos en las prácticas educativas. La educación es, en mucho, un proceso de apropiación —asimilación, construcción— del conocimiento y, como lo ha expresado Paulo Freire, "conocer es tarea de sujetos, no de objetos. Es como sujeto y solamente en cuanto sujeto que el hombre puede realmente conocer". De la concepción freireana de la educación y de toda la filosofía que supone, se sigue el carácter social del aprendizaje como construcción del conocimiento, y una tarea especialmente importante, que es quizá su característica más distintiva, para el educador, mediador de la formación del estudiante entre su subjetividad y el mundo social, entre el individuo y la cultura.

Los educadores tienen, sin duda, dominio de esta práctica metodológica de la intersubjetividad, enriquecida por múltiples perspectivas teóricas y experiencias sistematizadas. Mi propuesta se limita, entonces, a invitarlos a incorporar con toda decisión y realismo crítico, los recursos y la lógica que la comunicación, y quienes trabajamos sobre ella, queremos ver ennoblecidos más que comercialmente explotados, humanizados más que industrializados, orientados hacia y desde los valores propios y el desarrollo educativo y cultural de todos nosotros.